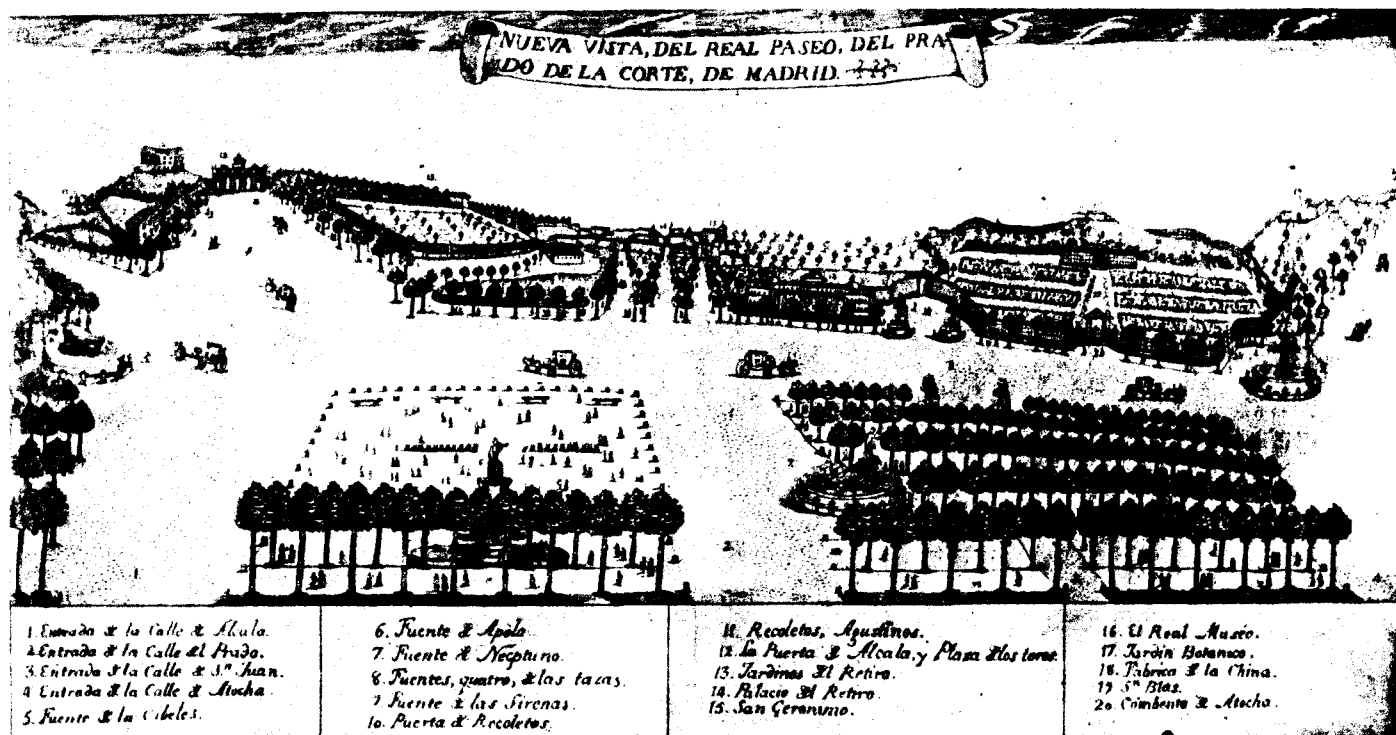


VI

*El urbanismo de la Ilustración: 1750 - 1814*

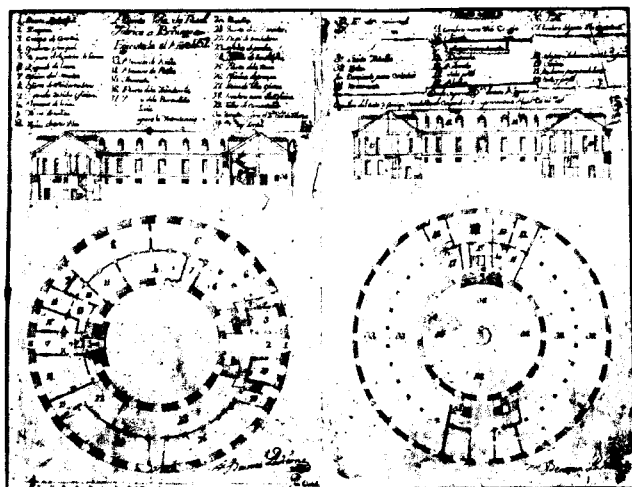
*Carlos Sambricio*



Paseo del Prado, Madrid. Grabado anónimo del siglo XVIII.

La llegada a España, en 1759, de Carlos de Nápoles con motivo de suceder en el trono a su hermano, el fallecido Fernando VI, va a tener importantes consecuencias en la vida del país, debido a que el nuevo Rey se esfuerza en desarrollar aquellas ideas de cambio esbozadas en el reinado anterior, logrando llevarlas a cabo dentro de la nueva política que adopta. Durante el reinado de Fernando VI se había, en efecto, empezado a introducir un espíritu de reforma, tanto de tipo económico como cultural, que tenía como intención básica sacar a España de su situación de atraso. Prueba de ello son no sólo los proyectos, manifiestos o memoriales que se elaboran en el momento —y de los que Muñoz Pérez sacó importantes conclusiones al estudiar el tema del “*proyectismo como género*”—, sino que el mismo ministro del Rey, el Marqués de la Ensenada, señala, refiriéndose a la reforma de la sociedad y el país que, “...el cambio se lograría si se mira el dinero extraído, si se numera la gente que lo consume, si se trata de hacer tolerables los tributos, de que florezca el comercio, se aumenten las fábricas y no se abandone el cultivo; si se piensa, cómo importar, el adelantar la marina y en que aprovechen a la Corona y no gocen los extranjeros los tesoros de las Indias y, en fin, si ha de ser el Rey, como no se duda, propiamente padre de sus vasallos”. Las reformas que se esbozan en estos

momentos no son sólo de tipo económico sino que, como señaló en su día Maravall, aproximadamente entre 1740 y 1750 entran en España las ideas de los grandes pensadores políticos de la época, destacándose muy especialmente una fuerte presencia de los textos de Montesquieu y Rousseau, al tiempo que la Corte inicia un cambio en el gusto, inclinándose por opciones más próximas a las que en aquellos momentos se desarrollan en Francia e Italia. Y es entonces cuando, de la misma manera que el Marqués de la Ensenada dicta medidas encaminadas a transformar la Hacienda, potenciando para ello la industria y el comercio, el Rey Fernando VI hace venir a España un crecido número de artistas franceses e italianos que se enfrentan a los supuestos de un Barroco español. La actividad de los extranjeros, que se contraponen a lo que Fernando Chueca Goitia llamó el Barroco mudéjar español al esbozar los conceptos y las ideas de un Barroco clasicista —acorde con lo que en aquellos momentos se concibe en Europa—, va a plantear una cultura de Corte que se opone a la existente en el resto del país. Es así como se piden al abate turinés, Filippo Juvara, las trazas del nuevo Palacio Real de Madrid y, por lo mismo, una larga serie de artistas franceses e italianos colaboran en las obras que se llevan a cabo en los Sitios Reales, definiendo de esta manera el nuevo gusto. Pero, entre lo que en



a) Fábrica de paños en Brihuega, Guadalajara. Fundación de Carlos III.

b) Planta baja y sección de la Fábrica de Brihuega, por Ventura Ladizne, 1752.

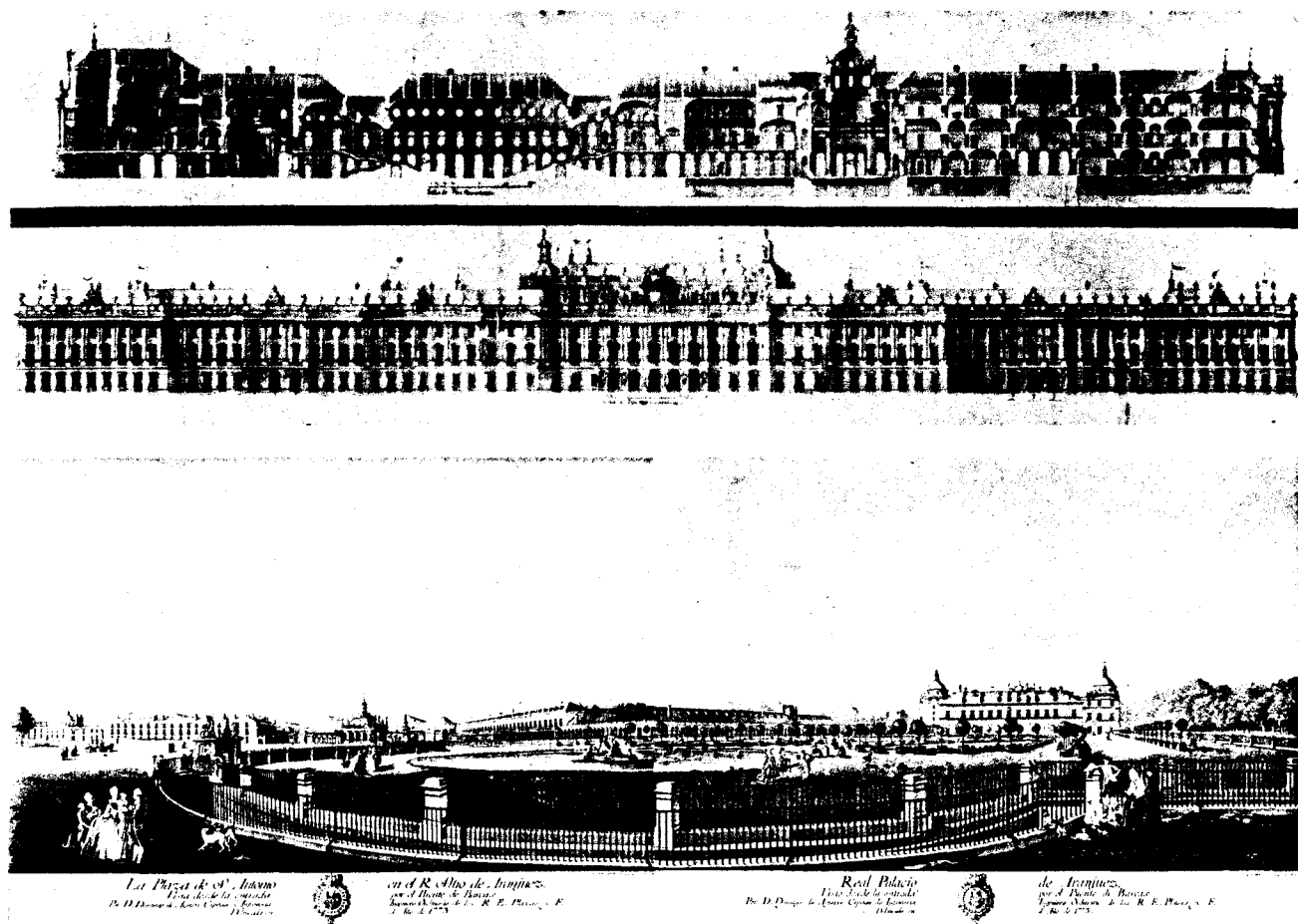
estos momentos se proyecta en La Granja, en Aranjuez o en el Palacio Nuevo de Madrid y lo que, al mismo tiempo, se realiza en el resto de España, existe una evidente diferencia.

Hay un hecho destacable, y es el sentido que en estos años adquieren los arquitectos e ingenieros militares. Con un conocimiento distinto al de los maestros de obras de cualquier población, es gracias a la formación recibida de los extranjeros que en estos años trabajan en España como consiguen manifestar un cambio inicial, tanto en el trazado de las plazas militares, como en la adopción de nuevas construcciones dependientes del cambio económico. La voluntad expresada por los "proyectistas" de hacer de España un país con riqueza e industria, conlleva la aparición de nuevos núcleos, es decir, las primeras fábricas reales, los iniciales proyectos de arsenales o los diferentes ejemplos de poblados de colonización. Las fábricas de Brihuega o La Granja, los arsenales de Cartagena o El Ferrol y la nueva población de La Barceloneta, en los arrabales de Barcelona, junto con los núcleos proyectados por orden del Cardenal Belluga en Murcia, muestran la diferencia existente entre unos centros concebidos para ordenar y crear riqueza, y otros —las tramas urbanas existentes— sólo con una función jerárquica del espacio. En estos años, los últimos del reinado de Fernando VI, apenas se interviene en el casco urbano y sólo en algún caso aislado —por ejemplo, los proyectos de paseos y zonas ajardinadas en los accesos a poblaciones— se manifiestan las nuevas ideas.

### *La transformación de la ciudad barroca: Carlos III y el embellecimiento y ornato en Madrid.*

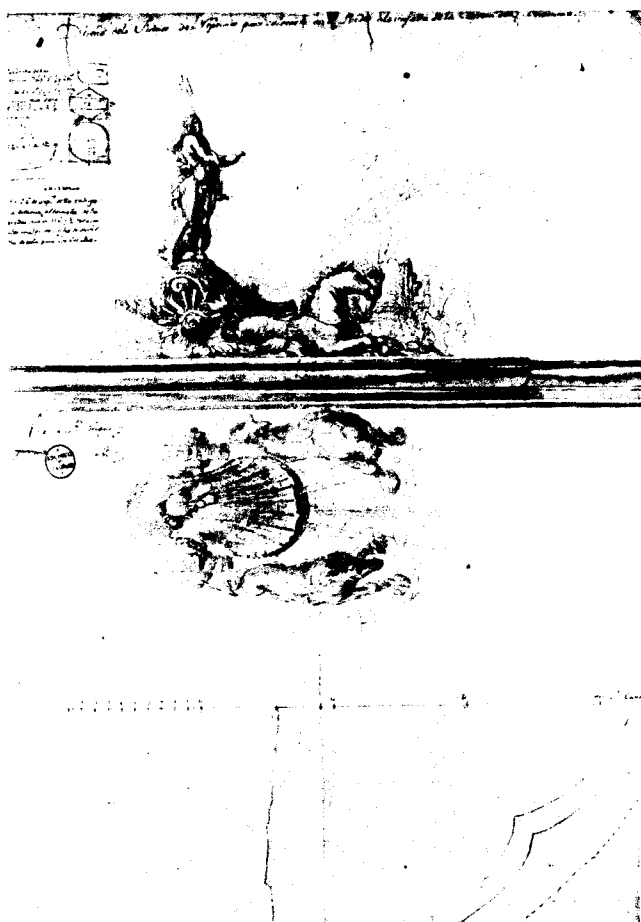
Es sabido que Carlos III, a su llegada a Madrid, quedó desagradablemente impresionado por la que iba a ser su nueva capital. Los juicios que transmite a Tanucci, en la correspondencia que mantiene con él, sobre una ciudad sucia, mal arreglada, sin edificios de consideración y sin iluminación en las calles, demuestran su disgusto por encontrarse en esta ciudad y, sobre todo, su nostalgia de Nápoles. Frente a un Madrid provinciano y pobre, el Monarca echa en falta su Palacio de Caserta, las obras que durante su reinado se desarrollaron en la ciudad —entre las cuales se encuentra el Albergó dei Poveri que Fuga ha terminado poco antes— y, especialmente, un ambiente cultural dado por los descubrimientos de Pompeya y Herculano que atraían a Nápoles a los más cultos viajeros de la Europa del momento. Frente a eso, el Rey comenta en su correspondencia que "...aquí hay mucho que hacer para estar, no digo de Rey, sino de Caballero", y por ello, desde el primer momento, la idea de transformar la ciudad va a presidir su actuación.

Basándose en el concepto del ornato, de aquella arquitectura efímera que aparece en las ciudades con ocasión de alguna entrada importante o de una ceremonia singular, Carlos III intenta embellecer la ciudad sin variar la trama urbana existente. Para ello adopta cuatro tipos distintos de intervención: en primer lugar, señala la conveniencia de dignificar y ennoblecer los accesos a la ciudad, or-



a) Alzado y sección del proyecto de Juvara para el Palacio Real de Madrid.

b) Real Sitio de Aranjuez. Grabado de D. de Aguirre, 1773.

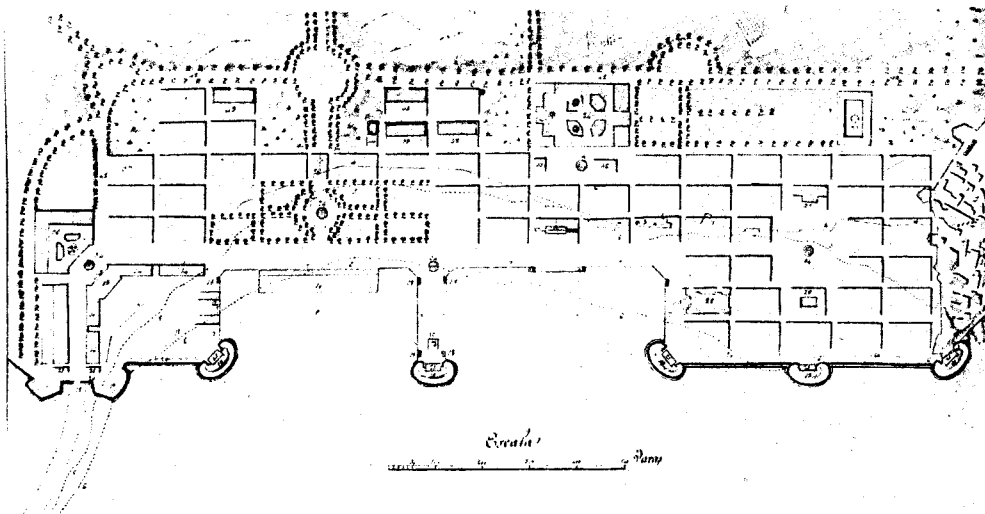


Diseño de la Fuente de Neptuno, obra de Ventura Rodríguez, para el paseo del Prado.

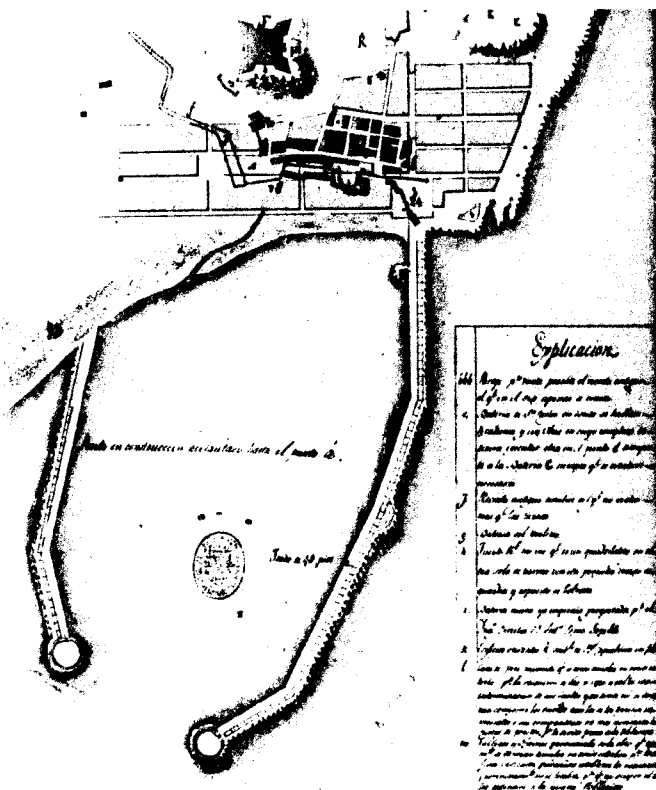
denando para ello proyectar plazas y puertas de acceso. En segundo lugar, apunta la necesidad de modificar la infraestructura del casco urbano, para lo que destaca la conveniencia de establecer un sistema de alcantarillado, al tiempo que ordena regular la iluminación de calles y determina que se proyecten aceras para las mismas. En tercer lugar, apunta la necesidad de cumplir las ordenanzas en las construcciones y, por último, desarrolla una política consistente en fomentar la construcción de grandes edificios administrativos que, con su notable presencia, van a difundir en la ciudad el nuevo estilo clasicista traído de Italia por el Monarca. Carlos III pone pues en cuestión la ciudad existente y resuelve su cambio de imagen no a partir de un gran proyecto de transformación del casco interior, sino según la idea de adoptar para la ciudad una máscara clasicista. Son sus arquitectos quienes desarrollan la nueva actividad, proyectando las zonas ajardinadas, los nuevos paseos de Aranjuez, de Valladolid —con el trazado del Campo Grande— o el madrileño Paseo del Prado. Estas nuevas zonas que se oponen a la trama existente, son consecuencia de una operación urbana cuya finalidad es modificar la imagen de la ciudad barroca.

Un hecho importante y que va a influir de manera clara en la estructura de la ciudad de Madrid, es que el Palacio Real no está terminado a la llegada del nuevo Rey. Sabemos que, a causa de un incendio en 1738, el antiguo Alcázar de los Austrias había quedado destruido pocos años antes de la llegada de Carlos III y, por ello, mientras se construía precisamente en el mismo lugar el que ahora se llamaría Palacio Real, la Corona tuvo que fijar su residencia en el Palacio del Buen Retiro. De esta manera, cuando Carlos llega a la Corte e inicia su operación de embellecimiento de la ciudad, aquella aristocracia cortesana que hasta el momento había residido en el barrio llamado de los Austrias, en las proximidades del Alcázar, intenta seguir a los reyes hacia su nueva residencia, ocupando para ello la acera del nuevo Paseo del Prado que se encuentra frente a los jardines reales, haciéndose construir allí sus palacios. Las grandes familias de la Corte inician de este modo un importante proceso, comprando terrenos en las proximidades del Palacio del Retiro, de forma que el Prado, de entenderse como espacio antesala de la residencia Real, pasa a ser considerado punto neurálgico de la ciudad, nuevo lugar de reunión de la misma. Sin embargo, los nuevos edificios que la aristocracia se hace construir en esta zona —y se trata de los palacios de los Alba, Alcañices, Tapa, Villahermosa o Medina-celi— van a tener, a su vez, una consecuencia imprevista, puesto que al comprarse el terreno necesario para edificar, en general se adquieren también, con el fin de dotar a aquéllos de jardines, las huertas de los conventos religiosos próximos, situados en una zona considerada hasta entonces como límite o extrarradio.

Al dividirse y parcelarse estos espacios, se origina una nueva trama urbana, pues aparecen calles y manzanas que van a ser tratadas por los arquitectos en forma análoga a los paseos recién proyectados. Y es aquí cuando se manifiesta la influencia del pensamiento arquitectónico francés del momento, de los textos que en estos días difunden los teóricos del país vecino, y es evidente que la idea que había



Proyecto de C. Paveto, 1788, para la Nueva Población de Vigo.



Plano de 1804 de la Nueva Población de la Marina de Tarragona.



apuntado el abate Laugier en su *Essai sur l'Architecture* cuando comentaba "...aquél que sepa dibujar un parque sabrá dibujar una ciudad", tiene ahora sentido. La idea no significa que, literalmente, quien se encuentre capacitado para desarrollar un tema lo estará igualmente para otro, sino que el diseño urbano se entiende como un hecho formal, de la misma manera que lo es el diseño del jardín, pero siempre y cuando se acepten ciertos conceptos determinantes de la cultura del momento. Así, vemos cómo las enseñanzas señaladas poco antes por Condillac sobre las sensaciones, son ahora aplicables a la ciudad, pues se argumenta que la sensación de agrado y de sorpresa que debe producir la calle es uno de los puntos básicos del nuevo urbanismo, enfrentándose de manera clara a lo que se considera la monotonía del programa barroco, el cual queda ya, de forma terminante, abandonado.

Al haber variado el lugar de residencia de la aristocracia, la ciudad cambia no sólo su trama sino que, además, modifica su centro de gravedad al desplazarse desde la zona de la Plaza Mayor y Puerta del Sol hacia la del Paseo del Prado. Y si en los primeros momentos de la Ilustración esta zona se convierte en centro neurálgico, años después, durante los últimos del reinado de Carlos III y primeros del de Carlos IV, será una zona de la ciudad donde se intenta establecer el conjunto de edificios culturales, entre los cuales podemos destacar el Gabinete de Ciencias Naturales —hoy Museo del Prado—, el Jardín Botánico, el Gabinete de Máquinas y el Observatorio Astronómico.

#### *Las repercusiones en España del urbanismo madrileño.*

Es evidente que, al desarrollar los urbanistas en Madrid la idea de embellecimiento de la ciudad que ha señalado el Rey, la polémica sobre el lujo, que en estos momentos mantienen los ilustrados, repercute en la transformación de la trama urbana, aunque sea éste un aspecto formalmente no planteado. La idea propuesta por el filósofo

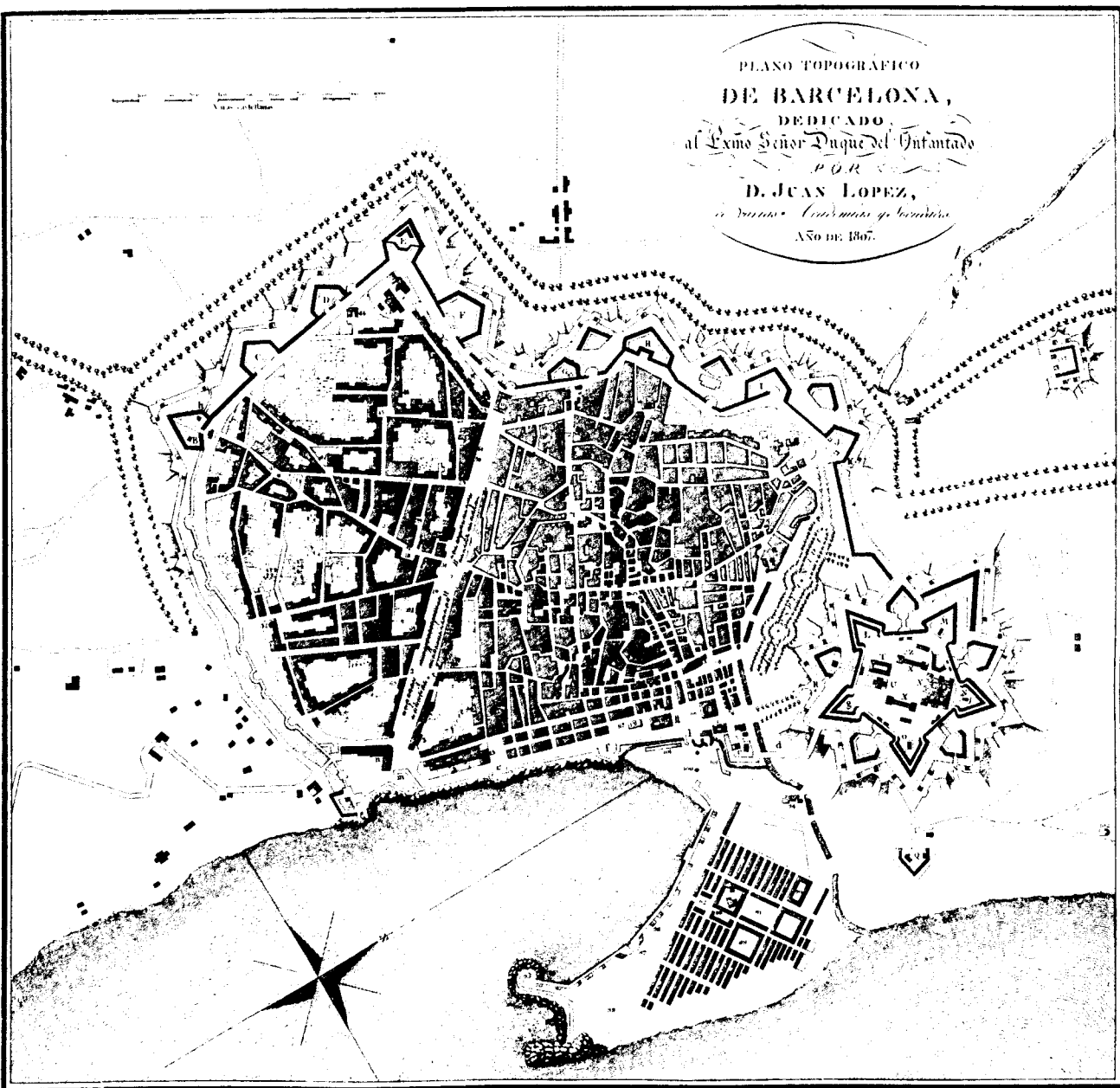
Ramón Campos, discípulo de Condillac, según la cual "...la cultura y la razón se desarrollan en la medida en que se desarrolla el lujo", alcanza a las minorías ilustradas del resto del país, de manera que pronto el resto de las ciudades pretenden, de una manera o de otra, iniciar un proceso de cambio de imagen, paralelo y similar al establecido en la Corte. La reforma de Madrid repercute en las demás poblaciones y la voluntad de seguir su ejemplo se advierte en puntos tales como Valladolid, Málaga, Sigüenza o Barcelona, aunque no en todas ellas el nuevo ideal se aprecia de igual manera. Barcelona, concretamente, vive en estos años momentos importantes dado que el inicial desarrollo industrial empieza a asentar sus bases en la ciudad. Simultáneamente, y con motivo de la crisis agraria de 1763-64, un importante número de campesinos empieza a llegar a la ciudad, haciendo así variar el equilibrio existente entre el número de habitantes y el de viviendas disponibles. Frente a ello, las reformas que el entonces Capitán General, Conde de Ricla, pretende llevar a cabo de 1767 a 1772, no se ajustan a un problema de falta de vivienda y sí, en su concepto, a intentar repetir en la ciudad aquel programa que ya hemos comentado al referirnos a Madrid: sin enfrentarse de manera directa al tema de falta de vivienda, propone un cambio de imagen de Barcelona, para lo cual encarga al ingeniero militar Pedro Martín Cermeno un proyecto consistente en derribar las murallas y señala la necesidad de ordenar las Ramblas. Siguiendo la política de Madrid de regular las construcciones en la ciudad, publica en 1768 un edicto prohibiendo efectuar cualquier tipo de obras en las casas con volada, al tiempo que, respetuosamente, solicita del Ayuntamiento un proyecto de ordenanzas. Fiel seguidor de la política urbana de Carlos III, tanto sus disposiciones sobre adecuación de zonas abiertas y normas de policía en la construcción como su esfuerzo por establecer una infraestructura en una ciudad que ha pasado de tener —como señala Jorge Nadal— 35.000-40.000 habitantes en el período 1716-1720, a tener en 1786-1790 una cifra próxima a 100.000-120.000, van a quedar en suspenso en 1770, cuando es promovido a la Secretaría de Guerra en Madrid. Y aunque sus medidas han significado un intento por integrar la ciudad dentro de una primera visión ilustrada, Ricla, a su marcha, ve con pesar que el Ayuntamiento no participa todavía de las nuevas ideas, por lo que su programa de reformas no será completado ni tan siquiera llevado totalmente a cabo.

Igual que Madrid o Barcelona —ciudades que entonces tienen casi 100.000 habitantes—, otras menores, como Valladolid, inician un proceso de revitalización económica de forma tal que la idea de lujo y embellecimiento les alcanza también a ellas. En el caso concreto de esta última, con una población de 21.000 habitantes en 1787 —frente a los 10.000 de Bilbao en la misma fecha— se mantie-

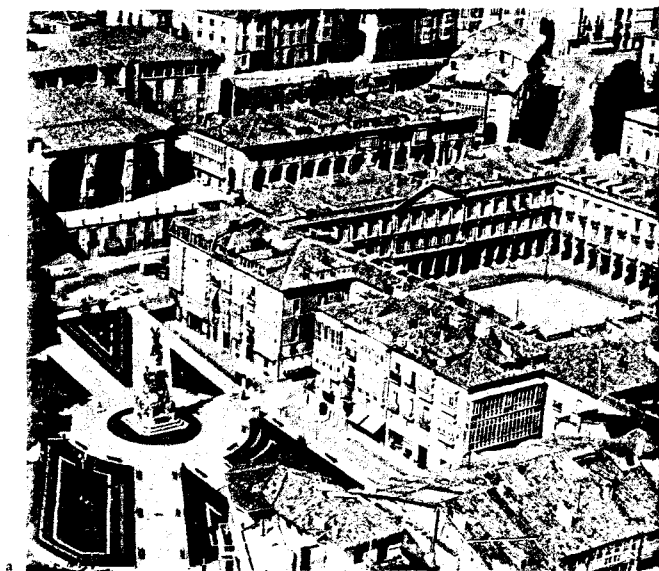
a) Paseo del Prado de Madrid, dibujado por F. Bramlilla.

b) Plano de Barcelona de Juan López, 1807. Las murallas que separaban el casco antiguo del arrabal se han transformado en Ramblas ajardinadas. La Nueva Población de la Barceloneta ha sido ya construida y puede verse cómo la naturaleza se integra en la ciudad con la alameda de la Ciudatella.

PLANO TOPOGRAFICO  
DE BARCELONA,  
DEDICADO  
al Exmo Señor Duque del Infantado  
POR  
D. JUAN LOPEZ,  
a Don Juan Comendador y beneficiario  
AÑO DE 1807.







ne, durante el primer momento de las luces, su antigua estructura urbana, como lo prueba el plano levantado en 1788 por Diego Pérez Martínez. Pero cuando la actividad comercial y artesana llegan a predominar sobre la agrícola —o lo que es lo mismo, cuando la ciudad cuenta con una mayor riqueza—, se plantea una voluntad por modificar la imagen urbana a la manera de Madrid, proyectándose de este modo los accesos, que se dignifican con puertas como la de Carlos III, o mediante la construcción de zonas de paseo como las de los proyectos para el Campo Grande o para el Espigón, realizado en 1790. La imagen de la Corte llega a todos los puntos del país aunque es preciso tener en cuenta que, en la mayor parte de los casos, se manifiesta con un retraso que depende —y sólo así se explica— del grado de desarrollo económico de la ciudad en cuestión.

#### *Las primeras propuestas de ensanche de poblaciones.*

Dos circunstancias influyen en la transformación de la ciudad de los últimos años del siglo XVIII: en primer lugar, el cambio que experimenta la figura del rey y, en segundo lugar, las consecuencias de aplicar a España los supuestos teóricos desarrollados durante los años anteriores. El primer punto fue estudiado por Maravall, quien destacaba cómo Carlos III pasa, en pocos años, de ser considerado un culto monarca barroco a convertirse en un soberano ilustrado, capaz de encauzar los problemas de tipo económico que en ese momento se plantean. La consecuencia es clara: el Rey abandona su papel de sacerdote, convirtiéndose en máximo magistrado de la nación. Poco tiene que ver entonces la España de 1759 con la de 1770 y,

desde nuestro punto de vista, es evidente que la actividad de aquellos arquitectos que acompañaron al Rey desde Nápoles y cuya misión fue embellecer la ciudad, a partir de un cierto momento, cuando se pretende llevar a cabo las ideas esbozadas por Fernando VI y desarrolladas por los ilustrados españoles, precisa de un cambio. Al aceptarse, como plantean los economistas, que es necesario incrementar el comercio, la industria y la agricultura, aparece un crecimiento demográfico importante en las ciudades, de manera que el espacio tradicional resulta insuficiente, apareciendo así, en los últimos años del siglo XVIII, un primer “ensanche” de población.

Aparentemente, podríamos considerar esta idea del “ensanche” como la de una simple continuación del núcleo urbano existente: nada más incierto; como señaló en su día Manuel Solà-Morales al tratar de los ensanches del siglo XIX, la idea del ensanche es la negación dialéctica del concepto urbano existente; al enfrentarse la idea de la nueva ciudad a la trama urbana barroca, se ofrece una solución que niega la estructura y ordenación que tenía la ciudad (de la misma manera que niega la valoración que aquélla hacía de sus ejes y la jerarquización de sus espacios) para dar, por el contrario, opción a una ciudad no sólo distinta a nivel formal sino, lo que es más importante, con un programa distinto. Se modifica la concepción existente del espacio profano y, de esa manera, resulta que las nuevas plazas, las nuevas zonas urbanas o la política de equipamientos que se inicia, se basan más en los conceptos enciclopedistas que en la idea barroca de la consagración del espacio. Ciudades como Santander, Alicante, Tarragona o Vigo son ejemplos en los que el comercio, el tráfico portuario o la actividad industrial influyen de manera tal que las nuevas necesidades acaban rompiendo el esquema del núcleo urbano existente y determinan un primer ensanche de población donde se sitúan las aduanas, pesquerías y almacenes. Puede suceder, como acontece en el plano de Vigo de 1807, que la nueva ciudad que se traza se entienda aparentemente como continuación de la trama anterior, dado que ciertas calles de la primera se prolongan; la realidad es que, si bien las calles de la una son prolongación de las de la otra, el tratamiento que reciben los lotes y las parcelas del ensanche presenta una clara diferencia con los del núcleo preexistente. Puede darse también el caso, como de hecho ocurre en Málaga, de que se proyecte un paseo o alameda cuya función no sólo sea introducir la naturaleza en la ciudad, sino servir además de charnela o elemento de enlace entre dos partes de ella, obligando así a que el ensanche aparezca diferenciado del núcleo histórico.

Surge de este modo una alternativa que se enfrenta tipológica y morfológicamente al proyecto histórico. Sin pretender transformar o incidir en el casco, el ensanche refleja una imagen que se quiere definitiva frente a una ciudad que experimenta una continua evolución. Y es con esta dicotomía con la que la plaza, la alameda o cualquier elemento arquitectónico nuevo —o que se trate en forma nueva— adquiere un sentido distinto; no ya por haber variado tipológicamente, sino por haber adquirido un carácter nuevo de dimensión y de sentido en la trama del ensanche, como ocurre, por ejemplo, en el proyecto de la plaza de la ciudad de Vitoria. Situada la ciudad en una colina, y habiéndose desarrollado desde la Edad Media

*Vista Occidental por la linea A B.*

*Vista Meridional por el centro del Canchazo*

*Liburcio del Carlo lo del<sup>o</sup>*

Mathias Gonzales lo urabò en Zarag.<sup>a</sup>

[illegible]

a) Vista de la Plaza de Olagübel en Vitoria, junto con la construcción de los Arquillos, elemento de unión entre el nuevo ensanche y la antigua ciudad.

b y c) Perfiles y plano de las obras construidas en el Monte Torrero para el Canal Imperial de Aragón, de la obra «Descripción de los canales de Aragón y Tauste», por el Conde de Sástago. Zaragoza, 1796.



Fachada neoclásica del Palacio del Intendente Olavide en La Corolina, Jaén.

en torno a una almendra inicial, en los últimos años del siglo XVIII, cuando la ciudad entiende la necesidad de su desarrollo, la opción que se establece radica no ya en intervenir en el casco sino que, por el contrario, se proyecta fuera del casco la nueva Plaza Mayor con una función claramente definida: debe ser el punto que ordene y dirija el crecimiento, y su importancia, por ello, no es tanto de orden arquitectónico como urbano. Desde la plaza se regula el crecimiento de la ciudad —de una ciudad de la cual no se conoce, en ese momento, la forma que debe tener—, y su función es, además, servir de nexo a los dos núcleos de población.

### *Las Nuevas Poblaciones y la idea de territorio.*

Es evidente que la polémica que se establece en estos años entre los economistas, acerca de la conveniencia de primar a la industria sobre el desarrollo del campo y la agricultura, va a repercutir en la definición y concepto que se tiene de la ciudad. El mismo Jovellanos, en su *Discurso sobre los medios para promover la felicidad en Asturias*, comenta cómo las ciudades de la zona son distintas a otras debido a la atención que prestan a su riqueza; porque, si bien es necesario promover la agricultura, el comercio y la industria para el bien económico, es también básico conocer y desarrollar la situación de la región. Jovellanos añade que el campo tiene en estos momentos una importancia singular, pero destaca que ciertas ciudades asturianas deben conocer un desarrollo como consecuencia del incremento de la industria, mientras que otras, en cambio, tienen que centrar su crecimiento en la agricultura. La idea de que la agricultura es el punto de partida de una posible riqueza, frente a la industria, se debe a una valoración nueva de la naturaleza, de la tierra y de la libertad —en el sentido que en estos años defienden los fisiócratas— como elementos de la nueva actividad. Por ello, en un momento en el cual las zonas despobladas del país son un problema al que se enfrentan los economistas y reformadores, la radical solución que se establece estriba en fomentar una política consistente no sólo en la fundación de alguna colonia o población aislada, algún núcleo de mayor o menor importancia, sino que se impulsa un proceso de colonización de tres zonas específicas del país: Sierra Morena, la parte baja de La Mancha y una zona despoblada de la región situada entre Salamanca y Ciudad Rodrigo. Para ello, y sirviendo de infraestructura a las zonas en cuestión, se lleva a cabo una política de caminos y canales que tenderán más a establecer una red de comunicación y de ordenación de riqueza que un sistema de riego o de tráfico de mercancías.

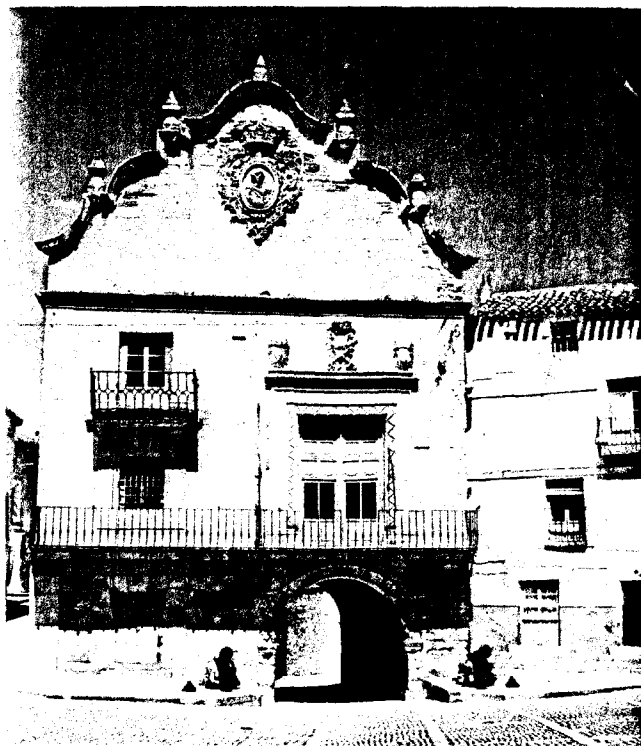
Para llevar a cabo estos tres grandes proyectos de repoblación, se inicia una reforma administrativa definiendo las llamadas "Nuevas Poblaciones de Sierra Morena" y "Nuevas Poblaciones de Andalucía", al mismo tiempo que —y abandonando, por lo menos en parte, el problema de Salamanca— se establecen en el Norte del país las llamadas "Encartaciones de Vizcaya". En 1789 se publica el voluminoso estudio *España dividida en provincias e intendencias* donde, por primera vez, se dan los supuestos de la nueva división política.

co-administrativa de España y se establecen dos intendencias para las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena y Andalucía. El sector oriental quedaría capitalizado en la feligresía de La Carolina, y en la de La Carlota el occidental, quedando formada la provincia por un conjunto de feligresías y aldeas: veintisiete en las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena y diecinueve en las Nuevas Poblaciones de Andalucía.

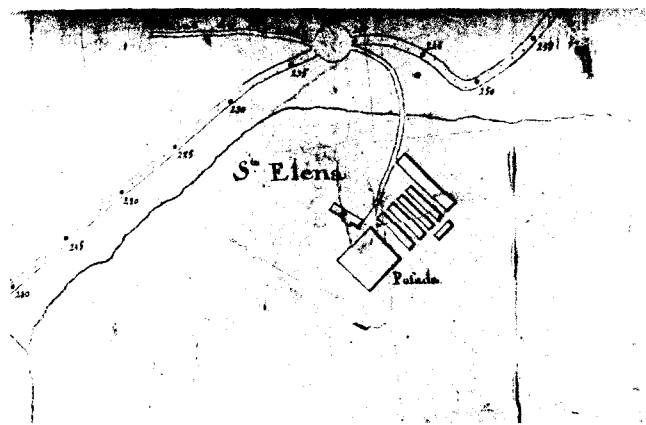
La idea que domina en la colonización es clara: se toma un amplio territorio considerándolo como un único ente administrativo y, en él, se organizan dos núcleos fundamentales alrededor de los cuales gravitan una serie de pequeñas poblaciones y aldeas. Cada tres o cuatro, si la situación así lo requería, formaban una feligresía o concejo y, a su vez, la reunión de estas feligresías constituye la intendencia. La idea de organizar pequeños núcleos que sirvan para ordenar un territorio de forma que sea capaz de crear riqueza conduce a rechazar, para estas nuevas poblaciones, las ideas esbozadas por la *Enciclopedia* sobre la necesidad de redimir mediante el trabajo a mendigos, vagos y gitanos —lo cual se había hecho en España en ciertos casos, al obligarles a trabajar tanto en fábricas como en la construcción de arsenales— y se intenta que los colonos sean campesinos de manera que, rápidamente, pudiese obtenerse un beneficio de la tierra. Se contrata a campesinos alemanes y flamencos y se les asienta en torno a los caminos o ejes de tráfico que son, precisamente, los puntos a partir de los cuales se intenta ordenar el resto del territorio. De esta manera, al plantear la ordenación de la nueva riqueza que es la tierra, se abren las puertas a una valoración distinta a la tenida hasta el momento.

Se comienzan las obras en 1767, y todas las normas relativas a la ubicación de las poblaciones, trazado, número de viviendas, etc., quedan recogidas en el llamado *Fuero de las Nuevas Poblaciones*, publicado en estas fechas. En él se detalla la cantidad de terreno que se ha de dar a cada colono, señalándose que este terreno debe permanecer en cualquier caso indiviso, no pudiendo siquiera repartirse entre los herederos; se determina que las poblaciones tienen que asentarse sobre los caminos reales y se comenta, al tiempo, cuáles son las exenciones tributarias de los colonos. Se fija que cada población no pueda tener más de 15 ó 30 casas —a ser posible situadas junto a la hacienda— y se señala que la distancia de un pueblo a otro debiera ser "...como de cuarto o medio cuarto de legua poco más o menos".

Tres aspectos importantes surgen al plantear el tema de las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena y Andalucía, sirviendo —tras analizar las contradicciones que en ellos se plantean— para reflejar cuál es la situación de España en 1770. En primer lugar, es preciso diferenciar la intención existente en la fundación de estos poblados con respecto a la que presidió la edificación de otros llevada a cabo años antes. No se trata ahora de fundar ciudades con una función militar de defensa, ni es tampoco un intento —paralelo al anteriormente llevado a cabo en Murcia por el Cardenal Belluga— donde la componente filantrópica o caritativa prima sobre cualquier otra. La idea es reflejo de un supuesto, inexistente hasta aquel momento en España, por el cual se ocupa un territorio con la intención de ordenar su posible



Ayuntamiento de Chinchilla, Albacete, del siglo XVIII. En el medallón de la fachada la efigie del rey Carlos III.



riqueza mediante el cultivo de la tierra. En segundo lugar, es preciso destacar el trazado que se da a las Nuevas Poblaciones, que sin duda repite los esquemas de los núcleos barrocos tradicionales. Como señaló en su día Chueca Goitia, la idea de una población barroca organizada en torno a un eje principal, en el que aparecen sucesivamente plazas o ensanchamientos y que se cierran con una pequeña plazuela, es precisamente el esquema que se aplica a las Nuevas Poblaciones. Sin embargo, al situar esta nueva comunidad dentro de una trama rectangular, donde la perspectiva juega un papel importante, la contradicción surge al confrontar —por ejemplo— la planta de la iglesia con su propia fachada, por cuanto aquella es todavía barroca por definición y en la fachada, en cambio, aparece ya la visión de un lenguaje clasicista acorde con el que los arquitectos de estos años utilizan. Y la misma contradicción aparece en las viviendas, porque el arquitecto materializa su voluntad de tratar la vivienda como consecuencia de una valoración de arquitectura sagrada, tanto dignificando el sentido de la planta como determinando en la fachada, mediante la utilización de pilastras clasicistas, el carácter sagrado que para el hombre tiene ahora la arquitectura.

Se tratan las parcelas desde una intención distinta a la de resolver un problema de vivienda, de mero alojamiento y, en este sentido, extraña que en una ordenación del territorio que sigue una política ilustrada, se recurra para el trazado urbano a los esquemas barrocos. Sin embargo, el carácter contradictorio y extemporal del trazado se explica, por lo menos en parte, al estudiar las viviendas que el arquitecto proyecta. Recordemos que, al tratar de Madrid, comentábamos el carácter formal del diseño urbano. Quizá por ello el arquitecto de las Nuevas Poblaciones, conocedor de las normas impuestas por el *Fuero*, según las cuales el núcleo urbano debe situarse a lo largo del camino, adopta un esquema de trazado en el que el eje ordena a la población pero introduce una componente nueva, de índole funcional, consistente en analizar la vivienda del campesino con la misma atención con que ha tratado el ayuntamiento, la intendencia o la iglesia. Son los momentos en los que la Academia de San Fer-

nando marca una nueva dirección de la arquitectura, al establecer que cualquier obra destinada al hombre debe ser objeto de atención y estudio, analizándose por un igual tanto la tipología de un palacio, como la de un arsenal, biblioteca, molino harinero o casa de peón en el campo.

Manuel Capel identificó a Nebroni con el arquitecto de las Nuevas Poblaciones, mientras que Thomas Reese lo ha hecho con los ingenieros franceses Isaba y Desnau. Esto, que aparentemente sólo encierra una cuestión erudita de tipo formal, importa en realidad por cuanto señala la diferencia del concepto de la arquitectura entre el arquitecto italiano Nebroni y los ingenieros militares franceses citados por Reese. Poco nos importa saber el autor, pero queda claro que tuvo que ser un personaje con formación teórica importante, sin duda un ingeniero, puesto que poco conocían los arquitectos —y menos los barrocos italianos— los supuestos de funcionalidad que podían dar al tema de la vivienda la importancia que aquí se le concede. El autor del proyecto intenta, en cada parcela, en cada bloque de la población, una solución brillante, tratando de igual forma cada elemento. Planteando una idea de uniformidad y norma que aparece en proyectos de otros ingenieros militares de estos años —por ejemplo, en la isla de Tabarca—, el autor de la traza demuestra ser un personaje culto, conocedor de las nuevas corrientes, al tiempo que evidencia estar en posesión del pensamiento francés de filósofos como Morelly y Mably sobre el ideal de la ciudad comunitaria. Al introducir las pilastras en las fachadas de las viviendas, buscando con ello dignificarlas —como se puede ver en la pequeña plaza circular de La Carolina—, identifica el ideal de la vivienda rural de un campesino con el tema sagrado de los órdenes clásicos, lo que supone un tratamiento de la misma que no encontramos ni en las construcciones del Cardenal Belluga ni en el barrio de La Barceloneta.

Las Nuevas Poblaciones no son el resultado de resolver unos pequeños núcleos de población en zonas abandonadas, sino, como hemos comentado anteriormente, realizaciones que se establecen paralelamente a la construcción de la gran red de caminos y canales que se lleva a cabo en estos años. En opinión de algunos, el tema de los canales y caminos se sitúa más dentro de la historia de las comunicaciones o del transporte que en una historia del urbanismo. Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XVIII es imposible diferenciar conceptos como cartografía, política de caminos, red de canales..., debido a que su análisis da pie para elaborar un sistema de indicadores económicos de poblaciones a través del cual riqueza y territorio cobran un sentido nuevo. La primera red de caminos, que se proyecta en tiempos de Fernando VI, tiene como función unir puntos en los que ya existe riqueza, facilitando de esa manera el transporte entre poblaciones. Pero, durante el reinado de Carlos III, y gracias a las ideas ilustradas, se entiende de otro modo: el canal y el camino son elementos de conquista del territorio, ejes de penetra-

Planta de la Nueva Población de Santa Elena, Sierra Morena, por C. Lemaux, 1774.



Vista del arsenal de Cartagena, óleo de Manuel de la Hoz.

ción de riqueza más que simples elementos de comunicación. Las poblaciones de nueva traza en Andalucía, no se conciben como un poblado en el camino, cuya misión principal es la de proteger a los viajeros de los asaltantes, sino que, precisamente, existen como consecuencia del propio camino. En algún sentido, parece como si las ideas que esbozara el Padre Sarmiento sobre caminos se llevarasen a cabo: desde el astil de la capilla del Palacio Nuevo de Madrid se trazarían, siguiendo los treinta y dos rumbos de la aguja de mareas, otros tantos rumbos o vientos y, continuándolos en línea recta, se intentaría que llegasen hasta las extremidades de España. A lo largo de cada uno de estos caminos, cada cierto número de leguas, se construiría una ermita y una posada con cirujano. Lo importante del plan del Padre Sarmiento radica en que no concibe sus caminos como obras destinadas a unir dos puntos, sino que los define para que alrededor de ellos se cree riqueza, surjan nuevos poblados, futuras posadas, ermitas y tabernas que se entienden como puntos iniciales de algún núcleo.

La política de caminos que se desarrolla en estos años, y la serie de grandes proyectos que se llevan a cabo en los canales, reflejan una evidente influencia francesa. Partiendo de ciertas obras iniciadas en tiempos de Carlos I en Aragón, en 1768 se continúan las del llamado Canal Imperial o de Aragón, que tienen por objeto no sólo organizar el riego de la cuenca del Ebro, sino desarrollar una importante vía de comunicación cuya finalidad es comunicar Navarra con el Mediterráneo. Proyectado a imagen del Canal del Languedoc, juntamente con la canalización se realizan, como equipamientos del ca-

nal, otras obras: presas, puentes, depósitos y poblados. Estas obras hacen variar la visión del canal, pasando de ser elemento de comunicación a convertirse en punto de creación de riqueza. En este sentido, el estudio de los equipamientos, el análisis de los programas existentes en las nuevas poblaciones y el del nuevo espacio que en todas ellas se manifiesta, es lo que puede resultarnos de interés en la historia del urbanismo de la segunda mitad del XVIII, puesto que vemos cómo la ciudad se supedita a la elaboración y definición del programa industrial. Tal ocurre en la población construida en el llamado Monte Torrero, en la cual aparece un núcleo nuevo donde los almacenes, la aduana, los pabellones para los obreros y los graneros se ordenan de forma distinta a aquella en que han aparecido en los poblados de Sierra Morena. Rompiendo la trama barroca, surge ahora una gran ágora o plaza común a las distintas funciones, alrededor de la cual se ordena la población. Se proyecta, en este momento, un importante conjunto de canales que recorren toda España, entendiéndose como vías de comunicación interior, de manera que, con el de Castilla, el de Campos, el de Murcia, el del Guadalquivir o los ideados para hacer navegables el Miño o el Manzanares, se pretende que, en apenas veinte años, varíe la imagen de España. Hay que tener en cuenta, al mismo tiempo, un importante tema pocas veces comentado al estudiar el urbanismo de la Ilustración; se trata de la relación existente entre las nuevas comunidades de estos momentos y los proyectos teóricos de aquellos reformadores sociales que se esforzaron en desarrollar el mito de la ciudad comunitaria. Queda claro que, en el nuevo espacio proyectado, aquella imagen que antes había corres-

pondido al tema de la arquitectura sagrada —la iglesia o el palacio— ahora sigue existiendo, aunque se entremezcla con las ideas que difunden los filósofos franceses sobre el hombre y sobre la formación de las primeras comunidades. Así, en las leyes edilicias que enuncia Morelly en su *Code de la Nature* se establece que el individuo es el punto de partida de una organización basada en la familia. Cuatro familias constituyen entonces un clan —añade Morelly— y, a su vez, cuatro clanes definen la tribu. Es necesario establecer unos espacios para la familia y un gran espacio para la tribu. Y esta ordenación, la que señala que la tribu es una comunidad donde se ha establecido una función —la de vivir—, se difunde entre los arquitectos de estos años al definir que la nueva ciudad, al margen de la de colonización, debe tener su función específica. Se analiza, en primer lugar, la función y, posteriormente, se ajusta el trazado de la comunidad a ésta, lográndose una nueva idea de ciudad que presenta dos características importantes. Primero, la de la ordenación de la familia, clan y tribu que han definido los franceses y segundo, la aparición de la ciudad como un ente definido, acotado, por cuanto su dimensión queda determinada por su función. No se concibe una ciudad con un constante crecimiento sino que, por el contrario, la imagen que se tiene es la de una dimensión específica que sirva para resolver un programa económico concreto.

Sorprende entonces, al estudiar los planos de estas comunidades de nuevo tipo, que sean tanto los bloques de viviendas como los núcleos de trabajo los que definen el espacio colectivo. Si tenemos presente el caso de ciudades como Tabarca, San Carlos de Cádiz o Monte Torrero, lo primero que se advierte es que estamos ante una ciudad fábrica, una comunidad entendida desde los presupuestos de un programa de producción donde la racionalidad de los edificios plantea la existencia de otra, de orden mayor, en el trazado mismo de la población. Estamos frente a un núcleo en donde cada elemento, cada espacio urbano, cumple una función y, en este sentido, las poblaciones que se proyectan en el último cuarto del siglo muestran las diferencias existentes con aquellas contradictorias colectividades de colonización realizadas en Sierra Morena. Aun siendo, sin duda, distintas en el trazado formal, todas ellas tienen, sin embargo, una constante: el haber sido definidas desde los supuestos de un programa económico, ajustándose por tanto a una racionalidad industrial de creación de riqueza y distintas, por ello, de aquellos otros núcleos concebidos durante el Barroco.

Por todo ello, el estudio de los arsenales, las fábricas, ciertas poblaciones militares o alguna nueva comunidad que se realiza en estos años, tiene una especial importancia. Los planos que se realizan para los arsenales de El Ferrol o de San Carlos de Cádiz, en 1780, contrastan con aquellos otros primeros planos de arsenales trazados en el reinado de Fernando VI para el arsenal de Cartagena. Se establece, en 1780, cuál debe ser la diferencia existente entre el arsenal —entendido como lugar de trabajo— y la población, puesto que el primero margina por completo el tema de la ciudad residencia. En El Ferrol, por ejemplo, mientras la ciudad-fábrica (el arsenal) adopta una tipología que es consecuencia de las investigaciones que en esos

momentos desarrollan los franceses e ingleses, la población, el barrio llamado Esteiro, repite en cambio un concepto urbano de ciudad comunitaria que podría recordarnos las ideas de Morelly. Existen pues —tanto en la población como en el arsenal— ideas extranjeras, como lo prueban además los comentarios de Jorge Juan sobre el arsenal de Chebourg, en Francia. Pero lo más destacable es que éstas no se adoptan de forma mimética y rápida, sino que son analizadas y es su espíritu lo que se aplica, tanto en El Ferrol como en San Carlos de Cádiz.

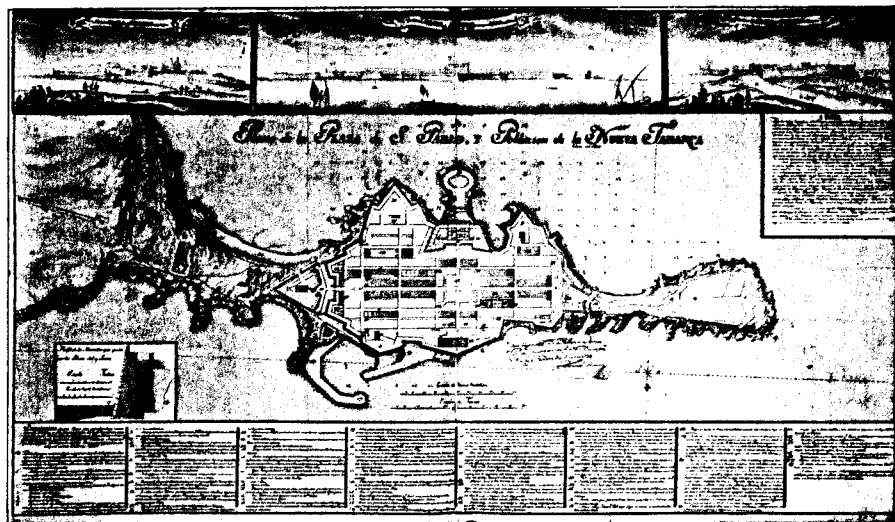
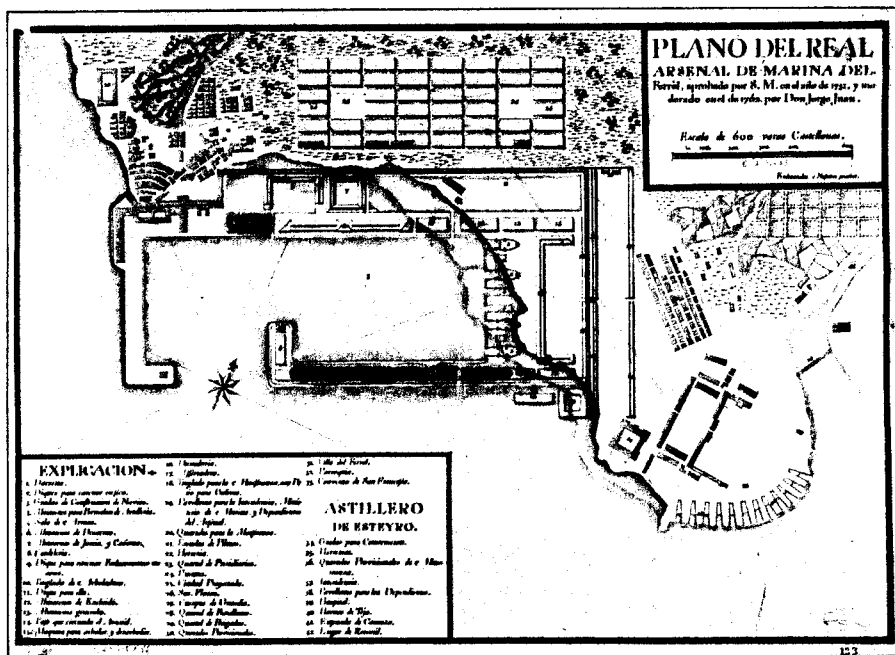
Tabarca, la llamada Isla Plana o de San Pablo, es un ejemplo similar aunque de distinta naturaleza. Pequeña isla situada en las proximidades de Alicante, en 1769 se pretende que sea fortificada a causa de las incursiones de piratas argelinos sobre Alicante. Sin embargo, tras la paz con Argel, el programa de la isla varía —dado que su función ha desaparecido— y se plantea entonces la construcción de una plaza de pescadores autosuficiente, de manera que los puntos principales sean ahora, no los castillos, murallas y defensas que veíamos antes, sino un pequeño arsenal, un puerto, fábricas de velas y jarcias y el hospital. Prueba de que el sentido de la isla ha cambiado es que la casa del Gobernador, en lugar de realizarse en el castillo —tal y como se señalaba en los planos de 1769—, en 1774 se ubica dentro de la trama urbana.

El lazareto de Mahón se concibe a consecuencia de las presiones de los gaditanos, que criticaban que los enfermos provenientes de América hubiesen de pasar su cuarentena en las proximidades de una gran población como era Cádiz. En este sentido, un ingeniero militar, Justo Pellón, recibe el encargo de desarrollar en la entrada de Mahón un gran lazareto y su proyecto demuestra que entiende el espacio arquitectónico como consecuencia de una compartimentación de funciones y necesidades. El proyecto del lazareto es en realidad el de una gran ciudad donde la enfermedad dicta medidas para compartimentar los espacios, para organizarlos desde una idea distinta a la que han tenido hasta el momento los tracistas de ciudades.

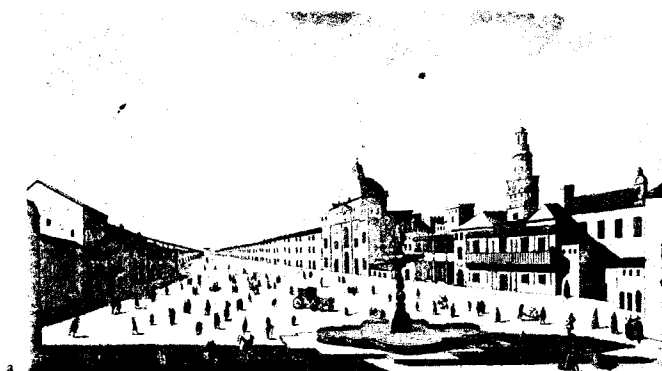
Resolviendo la ciudad desde un programa específico, el abandono del tema arquitectónico es evidente y prueba de ello la tenemos en otro de estos proyectos de nuevas poblaciones: el arsenal de San Carlos en Cádiz. Ante la necesidad de concebir un arsenal en Cádiz, Sabatini realizó un primer proyecto “de forma pentagonal”. A partir de este dato, facilitado por Llaguno en su *Diccionario*, podemos establecer un comentario sobre el proyecto realizado y lo que supone la intervención de los arquitectos napolitanos que acompañaron a Carlos III. Sabatini presenta un proyecto abstracto en el cual ve el

a) El Ferrol. Plano de Jorge Juan, de 1762, anterior al proyecto definitivo de Julián Sánchez Bort, 1765.

b) Plano de la Nueva Población de Tabarca, frente a la costa de Alicante, proyectado en 1774 por Fernando Méndez y donde se modifica el programa del primer proyecto de 1769.





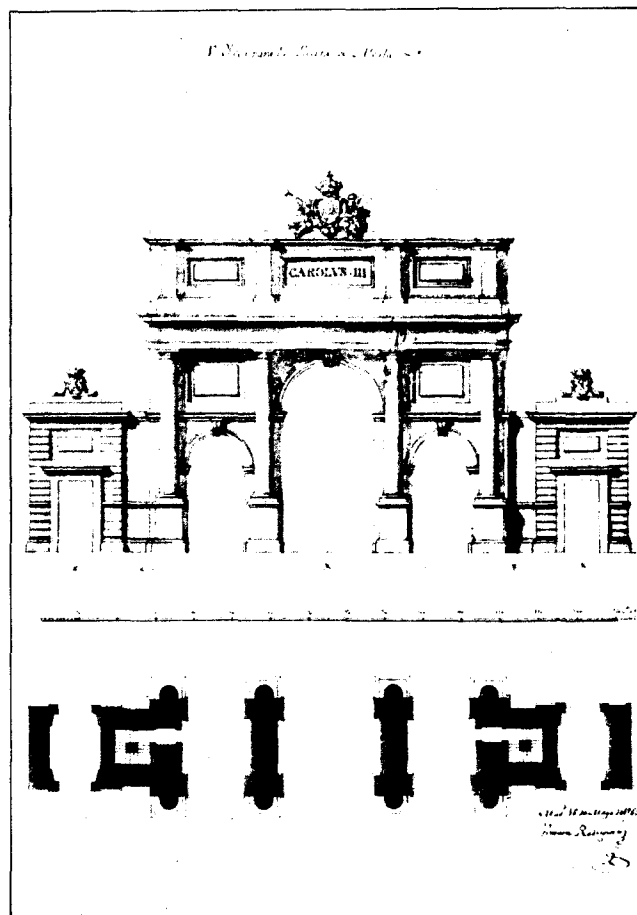


arsenal como un pentágono. Consecuencia de su formación, y sin duda influenciado por el proyecto de Ancona realizado por Vanvitelli, Sabatini antepone el trazado al estudio de las necesidades. En cambio, la traza posteriormente llevada a la práctica analiza en primer lugar las necesidades; acota seguidamente el espacio; establece la población orientándola hacia la función —definiendo para ello la Carraca como los caminos que llevan hacia la ciudad de Cádiz—, y sólo al final concreta el diseño urbano. La importante serie de proyectos de este tipo que aparece en los últimos años del siglo podría ilustrarse citando también —por ejemplo— el de la ciudad-cuartel concebida para Alcalá de Henares, un núcleo capaz para 100.000 personas. La ciudad tiene ahora una función nueva —servir de alojamiento a un importante destacamento militar—, y su trazado quedará, pues, sujeto a las normas militares que regulan cómo tienen que establecerse las compañías, el batallón... Ciudad acotada, puesto que sólo tiene que servir para aquellos militares, su función es tan manifiesta como la de los citados arsenales, lazaretos y fábricas, o la de las otras ciudades situadas en los canales.

### *El nuevo clasicismo urbano: el mito de la "Nueva Roma".*

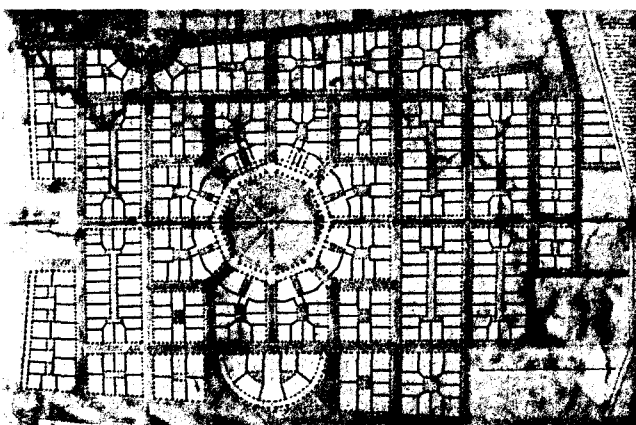
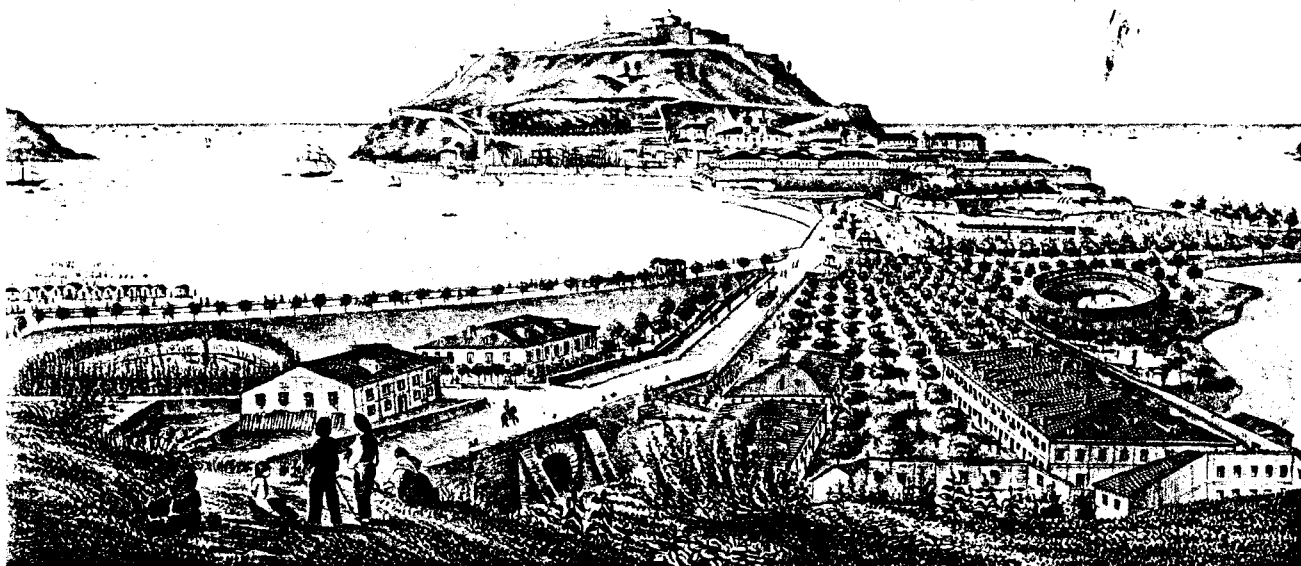
A partir de 1780 surge en España un cambio importante al frenarse el desarrollo económico que había tenido lugar hasta el momento, debido a que el comercio y la actividad industrial situados en la periferia peninsular comienzan a decaer. Aquellas ciudades que, en los comienzos del siglo XVIII, habían logrado arrebatar a Madrid su papel principal en la economía, tuvieron, como hemos comentado, un ensanche de población, pudiendo tomar a La Coruña, Vigo, Santander, Alicante o Tarragona como ejemplos de ese urbanismo. Sin embargo, con el cambio económico, aparece un concepto nuevo, traído de Francia e identificable con el espíritu de la revolución que allí se fragua. Se trata de una valoración nueva del hecho arqueológico.

Años antes, en los primeros momentos de la Ilustración, cuando los arquitectos establecen una crítica al lenguaje barroco, argumentando que su utilización se realiza de manera automática ("...el uso



a) Plaza de Cádiz. Grabado anónimo del siglo XVII.

b) Proyecto de Ventura Rodríguez para la madrileña Puerta de Alcalá, 1769.



Vista de la ciudad de San Sebastián antes de su destrucción en 1813  
y proyecto de reconstrucción de Pedro Manuel de Ugarte.

se ha convertido en ley", diría uno de aquellos teóricos), buscan en la Filosofía, en la Razón, una guía que les posibilite encontrar un nuevo lenguaje arquitectónico. Sabemos que, de esta manera, la valoración de los restos de la Antigüedad pasa de considerarse desde una óptica erudito-arqueológica a analizarse desde un punto de vista arquitectónico, viendo las ruinas no como restos de civilizaciones pasadas, sino como material para el estudio de las soluciones de la arquitectura a los problemas concretos y específicos que tuvieron los antiguos. No se copian las ordenaciones ni se elaboran tratados sobre las normas clásicas, lo que se intenta es analizar el sentido y el alcance de la nueva arquitectura desde la lógica de la Razón. En este proceso existe una importante evolución para los arquitectos del momento que se manifiesta al pasar el mundo clásico de ser una referencia erudito-arquitectónica a ser valorado como ideal de costumbres, como posible norma de vida. Bajo el título genérico de "Nueva Roma", aparece entonces una voluntad de definir una colectividad distinta a la que había planteado Carlos III en Madrid cuando abría los Prados y acondicionaba las puertas y paseos. Frente a intervenciones basadas en un embellecimiento de la ciudad, ahora, en los últimos años del siglo, lo que se valora y destaca es la existencia de grandes espacios comunitarios, grandes ágoras clásicas en las que la comunidad pueda reunirse. Podemos citar como ejemplos en España de estos planteamientos el proyecto de Silvestre Pérez para Madrid, la reconstrucción de San Sebastián o el concepto que preside el trazado de la comunidad llamada "Nueva Carteya" o la llamada "Nueva Atenas" en las poblaciones de Andalucía.

El proyecto que Silvestre Pérez realiza para José Napoleón, en los años de la Guerra de la Independencia, es importante no sólo porque utiliza los elementos del nuevo clasicismo, sino también por la dimensión urbana que confiere a la propuesta, pretendiendo variar el centro de gravedad de la ciudad. Como hemos comentado, el Madrid de los Borbones se había organizado en torno al Paseo del Prado; frente a esta idea, Silvestre Pérez proyecta, en el frente opuesto de Madrid y organizando todo en función del Palacio Real, una gran plaza circular que entiende como antesala del palacio respecto a la ciudad, como elemento de enlace del uno con el otro, al tiempo que establece una gran calle que saldría de la plaza (llamada Plaza de Oriente por su situación geográfica) y que uniría el centro comercial de la ciudad (Puerta del Sol) con el palacio. Pero lo más importante es que, al mismo tiempo, establece, de igual forma que se acababa de hacer en Washington, una relación entre el legislativo y el ejecutivo, proyectando una serie de grandes plazas y paseos que conducirían desde el palacio (ejecutivo) hasta el legislativo (concretado en este caso por la iglesia de San Francisco el Grande, acondicionada para convertirse en Cortes del país) y situando en las plazas, de casi 400 metros de longitud, una serie de arcos triunfales, obeliscos, etc. Lo que resulta evidente es que el mito de la Antigüedad no se aprecia en la existencia de tal o cual orden, sino, precisamente, en esta preocupación por establecer un espacio que se identifique con el de la Roma clásica.

Se da una nueva valoración al espacio urbano y es importante

destacar que el diseño formal pierde la importancia que tuvo durante el Barroco. Aquella originalidad que se buscaba afanosamente y que acababa convirtiéndose en característica de la ciudad, se pierde. Ahora, lo que se valora son los grandes espacios colectivos e importa poco que el trazado de una ciudad recuerde a otra, como ocurre con el proyecto del puerto de La Paz en Bilbao. En 1807, a causa de las polémicas que existen entre el Consulado del Mar y el Señorío de Vizcaya, Silvestre Pérez hace público un proyecto en el que, utilizando la misma idea que Christopher Wren había aplicado en 1766 a la ciudad de Londres, pretende actuar sobre una ciudad barroca resaltando los nuevos espacios comunitarios, en contraste con el proyecto anterior, en el que se entendía la ciudad como resultado de un sistema de ejes. Para Silvestre Pérez, en cambio, la ciudad se organiza alrededor de los espacios, de los edificios singulares, valorando y considerando las parcelas de una forma en la cual nunca, en el proyecto barroco, se habían tenido en cuenta. Otro ejemplo de esta nueva valoración es el proyecto —en mi opinión el más notable de todo el momento de las Luces español— elaborado por Pedro Manuel de Ugartemendia, para la reconstrucción de San Sebastián, en 1813.

Incendiada la ciudad en los últimos momentos de la Guerra de la Independencia, el arquitecto intenta llevar a cabo un ejercicio de singular importancia. Rompe con la idea de centro jerárquico que existe en la ciudad barroca e introduce en su lugar una gran plaza porticada en torno a la cual organiza la ciudad. Ugartemendia parte de dos ideas básicas: en primer lugar, valorar la plaza como elemento generador de la trama urbana; en segundo lugar, otorgar a la vivienda una importancia decisiva. Da un tratamiento igual a cada lote, a cada parcela y, por tanto, a las viviendas existentes en cada una de ellas. La ciudad aparece definida a partir del espacio comunitario y de la vivienda.

La llegada al poder de Fernando VII significa, como es lógico, la paralización de este proyecto y la marcha atrás hacia una ciudad más convencional.

De la ordenación de Madrid de José I, sólo quedan las obras iniciadas para la Plaza de Oriente. Pero, en lugar de concebirse como punto de contacto entre el Palacio y la ciudad, ahora, con el monarca absoluto, la Plaza de Oriente varía de función convirtiéndose en el lugar de aclamación y consagración del gobernante. Lugar de concentración, punto de reunión, los protagonistas de la plaza ya no serán los ciudadanos que acuden al ágora, sino los súbditos que aclaman al Señor. Y, de nuevo, el sueño de la Razón produce monstruos.

Planta del Campo Grande de Valladolid en 1780. Poco después se haría la reforma del Espolón, 1790, dando un nuevo aspecto a la ciudad.

